



LITERATURA

Jean-Claude Rabaté

Biógrafo de Miguel de Unamuno y editor de su correspondencia

“El destierro en Fuerteventura fue fecundo para Unamuno”

“El filósofo sufrió en Puerto Cabras, lejos de los suyos, pero allí descubrirá el mar”

Alejandro ZABALETA

Junto a su mujer, Colette, Jean-Claude Rabaté es el responsable de la reciente publicación de *Cartas del destierro (1924-1930)*, un volumen con 300 misivas escritas por Unamuno en esos años y que incluye las que el filósofo envió durante los meses que pasó confinado en Fuerteventura.

—Algunas de estas cartas son inéditas. ¿Cómo surge ahora su recuperación?

—De las cartas que recoge el libro, las 26 primeras las envió Unamuno desde Canarias. Desde nada más llegar, el 6 de marzo de 1924, hasta el 22 de julio. Entre las 26, algunas son inéditas: las nueve que van dirigidas a su esposa, Concha, dos a su hija Salomé y una al político español Santiago Alba. Las de Concha habían desaparecido durante muchísimos años. Una hija de Unamuno las entregó en 1968 para completar el que debería ser último volumen de las obras completas editadas por Escelicer. Se les perdió la pista hasta que en 2006 aparecieron en la madrileña Casa Durán para ser subastadas. A partir de ese momento intervinieron la familia Unamuno y la Universidad de Salamanca. La puja fue interrumpida. Dos años más tarde, el ministro César Antonio Molina entregó las 130 cartas inéditas a la familia y la Universidad, que nos encargó a mí y a mi esposa la edición crítica.

—Existe el tópico de que Unamuno vivió desolado en su destierro mayorero. ¿Qué imagen revelan estas cartas?

—Unamuno, nada más llegar a Puerto Cabras [antiguo nombre de Puerto del Rosario], se muestra encantado de la acogida que le brindan los habitantes. Claro que sufre, porque está separado de los suyos, pero escribe unos artículos que ponen de relieve el clima de Canarias, habla de una primavera eterna, disfruta de la naturaleza y, sobre todo, es el descubrimiento del mar. Eso se refleja también en su poesía. Hace excursiones, disfruta del sol, participa en tertulias. Es muy amigo del posadero Francisco Medina, del párroco de Puerto Cabras y, sobre todo, de un comerciante acaudalado y autodidacta, que comparte con él su biblioteca, Ramón Castañeyra Schamann. A él escribirá desde París unas cartas preciosas. La acogida que recibe en Fuerteventura es excelente y desde París va a echar de menos esa isla.

—La salida de Fuerteventura es también extraña. Se va a París justo cuando el Gobierno lo había indultado y podía haber vuelto a Salamanca.

—Fue una evasión rocambolesca preparada por Henry Dumay, di-

rector de un diario izquierdista de París, *Le Quotidien*, quien vino varias veces a Canarias para organizar la partida. Lo que ocurre es que, en realidad, Unamuno se va a autoexiliar, porque en el último momento el régimen de Primo de Rivera lo indultó. A pesar de todo, él, a partir de entonces desempeñó el papel de proscrito de la dictadura. Se va a París, la ciudad que acogía a los desterrados del mundo entero. En París va a participar en tertulias con gente como Blasco Ibáñez, Carlos Esplá y otros españoles. París le va a dar una dimensión internacional, porque su obra empieza a traducirse al francés, al alemán o al italiano. Pero en París echa de menos Fuerteventura, de la misma forma que echa de menos Salamanca. Odiaba a un régimen político, un ejército y unos generales, pero al mismo tiempo amaba Canarias, el mar y a sus amigos. Cuando Unamuno regresa a España, en febrero de 1930, después de seis años de destierro, nada más cruzar el Bidasoa, mandará un telegrama a Fuerteventura, a Castañeyra.

“Era un hombre del siglo XIX y pensó que el golpe militar de 1936 era de corte liberal”

—A tenor de la correspondencia que mantenía desde Puerto Cabras, no parece que estuviera tan aislado.

—Son tópicos que hay que romper. El mismo califica los años de destierro como años fecundos para él y para su obra. Canarias, París y Hendaya son tres escenarios, cada uno distinto, con sus ventajas e inconvenientes, pero él comienza a tejer una red con corresponsales no solamente de Europa, sino también de América Latina. En Puerto Cabras recibe centenares de cartas de América, porque su destierro tiene unas repercusiones internacionales. Luego, en París se convertirá en la figura por antonomasia de la rebelión contra Primo de Rivera desde el exilio. La imagen de Canarias es muy positiva. Unamuno es un hombre que, desde la cuna a la sepultura, conserva sus amigos, de la misma forma que no perdona a sus enemigos. Siente hacia Canarias un apego tremendo: a la tierra, sus vecinos, sus paisajes.

—¿De qué trataba la correspondencia con personalidades americanas como Borges?

—Trataba un poco de todo. De literatura pero también de política, de la lengua española, de esta hermandad entre España y América Latina. Él fue quien descubrió la literatura argentina de finales del si-



El hispanista Jean-Claude Rabaté. / LOT

glo XIX, a través de José Hernández y su *Martín Fierro*. Escribe a novelistas como Alcides Arguedas, hay esa carta a Borges, y otras con escritores, catedráticos de universidad, traductores o editores. Además, en Puerto Cabras recibe el periódico *La Nación*, de Buenos Aires.

—Habiendo sido tan beligerante con el gobierno de Primo de Rivera, ¿cómo se explica su tibieza ante el levantamiento militar de 1936?

—La época no es la misma. En febrero de 1924 es desterrado por Primo de Rivera, pero hace meses que viene siendo víctima de la censura, de pleitos, porque lo procesan y sufre la falta de libertad. Es muy crítico con Alfonso XIII, con el general Primo de Rivera, al que compara con un ganso, y con el general Martínez Anido, al que compara con un cerdo epiléptico. Él es antimilitarista, pero no condena el golpe militar de Franco y los otros generales. En una carta dice que sintió simpatía por Franco, aunque luego hablará de su candidez. Unamuno, el 18 de julio de 1936, sigue

siendo concejal del Ayuntamiento de Salamanca, que es un ayuntamiento franquista. Una explicación: no se dio cuenta de la índole de este pronunciamiento, porque él es más un hombre del siglo XIX que del XX. En el siglo XIX hubo muchísimos pronunciamientos liberales. Él opone su liberalismo al militarismo. En julio de 1936 piensa que se trata de un pronunciamiento liberal, y no de extrema derecha, reaccionario o fascista. Pero Unamuno desde Francia había enviado a Berlín un mensaje contra el fascismo. Unamuno parece ser contradictorio, pero es coherente. Desde su juventud condenó la Guerra de Cuba. Y luego, desde Francia mandó artículos muy feroces contra la Guerra de Marruecos. Aborrecía el uniforme. Y al final de su vida aborrecía también, más que a Franco, al general Mola, porque había bombardeado Bilbao, su ciudad. Eso no lo perdonó. En todo caso, en una carta al final de su vida, barrunta que Franco va a instalar en España un régimen fascista.

Correspondencia emotiva

► Castañeyra

Miguel de Unamuno acostumbra a fraguar amistades duraderas. Así pues, la de Ramón Castañeyra Schamann, al que conoció durante su destierro en Fuerteventura, no fue una excepción. Ya instalado en París, el vasco inició una correspondencia con el comerciante mayorero, que arrancó con una emotiva misiva fechada el 29 de abril de 1924 y que incluía un soneto inspirado en la muerte del hijo de un amigo. No obstante, los fragmentos más intensos son aquellos en los que evoca su estancia en la isla mayorera.

► Tierra bendita

“¡Cuándo pasado todo esto vuelva yo a esa —porque les repito que volveré— qué de cosas les podré contar a la vista de esa mar admirable a la que tanto debo. ¡Fuerteventura! (...) Si viera que mi fin se me acercaba y que no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nací y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, a esa tierra santa y bendita, ahí, y mandaría que me enterrasen o en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de esa mar, junto a aquel peñasco al que solía ir a soñar o en Playa Blanca”, escribía un emocionado Miguel de Unamuno a Ramón Castañeyra, reconociendo el amor a unas tierras que lo acogieron sólo durante unos pocos meses pero que causaron una honda impresión en él.

► Nostalgia

La memoria del paisaje de Fuerteventura y hasta de la fauna característica mayorera seguía acompañando a Unamuno en su exilio en la capital francesa. “Aquí, en París, siento nostalgia de mi tierra nativa, de mi hogar, pero siento también una hondísima nostalgia de ese rincón. Cuando voy al Jardín de Plantas me detengo ante los camellos. Pero no son los de ahí. ¡Ah!, ¡Cuándo volveré a ver esas peladas montañas desde la mar, en una barquita de Hórrega! ¡Cuándo volveré a sentarme en aquella roca, junto a aquellas ruinas, a brizarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora”, escribió en esa carta.

► Obra

El escritor vasco también confiesa en la carta al amigo mayorero su voluntad de escribir una obra inspirada en la experiencia vivida en la isla de en Fuerteventura, una obra que, además, sirviera de testimonio del agradecimiento que le debía a sus habitantes, porque Unamuno se siente en deuda con una tierra que le acogió sin reservas. “Me preocupa mucho esa isla, me preocupa mucho lo que yo tengo que hacer para pagarle mi deuda de gratitud. Lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspire a que sea una de las más duraderas entre las mías, no es bastante”.